MAESTROS Y AMIGOS DEL 98: LUIS RUIZ CONTRERAS

POR

LUIS S. GRANJEL

ESQUEMA BIBLIOGRAFICO

Años de infancia y juventud

Sobre la existencia de Luis Ruiz Contreras, de lo que fue su vida cotidiana, ofrecen datos valiosos algunos textos suyos de estricto carácter autobiográfico (1) y de modo muy particular pueden obtenerse noticias de su copioso e interesante epistolario. Nació nuestro personaje el 8 de enero de 1863 en la localidad catalana de Castelló de Ampurias; la muerte lo hizo suyo, en Madrid, en 1953. Era hijo de don Hilarión Ruiz Amado, ingeniero de Montes, y de doña Ana Contreras Carbonell; completan la familia de Ruiz Contreras tres hermanos. Las raíces biológicas de su personalidad lo ligaban a muy dispares regiones peninsulares; «nací en el Ampurdán, escribió en una de sus obras (2). Tengo 25 por 100 de sangre montañesa (Ruiz); 25 por 100 de gallega (Amado); 13 por 100 de castellana (Contreras) y 37 por 100 de catalana (Carbonell)».

Merecedora de comentario es la equívoca relación mantenida por Luis Ruiz Contreras con sus familiares; las cartas cruzadas con su hermano Ramón, sacerdote jesuita, reproducidas en el epistolario, revelan una oposición, nutrida seguramente por disparidades creenciales. También fue reticente la actitud de Ruiz Contreras ante la madre; las incomprensiones que los distanciaron quedan suficientemente confirmadas en dos testimonios epistolares que considero necesario reproducir. Aludiendo a un problema personal, íntimo, que ahora no es momento de aclarar, le escribe a la madre el 15 de enero de 1909: «Su carta es ¡deliciosa! Me producían desesperación sus reflexiones amargas y desentonadas, como si se tratase de un ser depravado e inútil;

(1) Por ejemplo, en el artículo «Quién era Palmerín de Oliva», *Memorias de un desmemoriado* (s. f.), y en los trabajos «Las pipas del tío Quim» y «Hermenegildo incorregible», incluídos ambos en el mismo volumen, editado en 1916.

(2) L. Ruiz Contreras: *Medio siglo de teatro infructuoso,* p. 177.

ahora me divierten, y su obstinación en rebajarme y convencerme de que ni soy nada ni sirvo para nada tiene su malicia. Se lo perdono. Si no le pido nada ni la molesto para nada, ¿por qué me moteja?». En otra carta, dirigida a Claudia Martí y fechada a 29 de septiembre de 1920, haciendo relato de una visita al hogar familiar incluye esta confidencia: «a la media hora de acogerme a la "casa pairal", en la alcoba donde nací, se me viene ya el mundo encima, como si me oprimiera con el peso de todas las tristezas familiares. Mi madre no se aviene a vivir conmigo, y cada vez que vengo a verla me ocurre lo que hoy. Tengo en Madrid una vida equilibrada y bastante alegre, mientras en este rincón me siento desfallecer y me pesan los años». En más de una ocasión, sin embargo, en el transcurso de su dilatada existencia, buscó Ruiz Contreras refugio en el caserón familiar de Castelló de Ampurias; prolongada fue su estancia en él, en 1927, muerta ya la madre.

Las primeras inquietudes literarias las vivió Luis Ruiz Contreras en años de mocedad. En el texto de una carta a Caridad Montilla, escrita el 1 de enero de 1919, rememora al que fue retratándose como un joven, casi un niño aún, a quien «las ideas de moral y de gloria perturbaban. Lo deseaba todo tan perfecto que nada me satisfacía»; era entonces, añade, «poeta romántico»; «mis versos, continúa escribiendo, estaban cuajados en un molde tétrico y lastimoso»; de aquellas fechas son las octavas reales que tituló «La flor de la soledad» y el poema «El roble viejo». Con los afanes literarios se mezclaban, era natural, las primeras turbaciones eróticas; sufrió en aquella crisis, se lee en la carta que cito, «los ardores de los primeros latigazos sentimentales». El que luego buscaría, sin lograrlo, el renombre en el cultivo de la literatura dramática, reveló bien tempranamente esta vocación; «durante los años de mocedad, que suelen ser empleados por las gentes en lecturas de folletín, cuenta Ruiz Contreras en carta dirigida a Rodríguez Marín, me sumergí entre las espléndidas creaciones de nuestro teatro antiguo».

Su padre, que proyectó para su vida futuro bien distinto del que terminaría haciéndose realidad, lo inicia en los estudios de ingeniería y en 1881 lo envía a la Escuela de Ingenieros de Montes de El Escorial; este breve período de su existencia juvenil se cierra en 1884, cuando una grave enfermedad lo devuelve a Barcelona; la última de las fechas citadas marca asimismo, con el abandono de los estudios comenzados tres años antes, su desligamiento del hogar familiar y su llegada a la Corte empujado por una imperativa vocación literaria; tiene Ruiz Contreras, cuando esto ocurre, veintiún años.

Al tiempo que da comienzo en Madrid su aprendizaje de escritor, tuvo lugar el encuentro con la mujer, experiencia ésta decisiva en el existir de todo varón y a la cual hace Ruiz Contreras explícita referencia en una de sus obras (3); una italiana, que conoció por intermedio del editor francés Hipólito Garnier, en tal fecha en Madrid, cuenta nuestro personaje, «me inició en las prácticas amorosas, como a Dafnis Lycenia en el relato griego»; «era culta y bella», añade. Esta excepcional manera de revelársele el misterio carnal tuvo en su mundo íntimo honda resonancia; «el frenesí de hallarla, sigue diciéndonos Ruiz Contreras, me condujo a imaginar una mujer encantadora y amante»; trasunto literario e idealizado de aquella mujer que le descubrió la vida sexual es la protagonista de su drama *La señora Baronesa,* escrito por Luis Ruiz Contreras en 1892.

De su matrimonio sólo sabemos lo poco que Ruiz Contreras cuenta en el epistolario. Casó en 1887; Blanca, la esposa, viuda y con cuatro hijas, debía ser mayor que él; fruto del matrimonio fue un hijo, Luisito, que muere, a los siete años, en 1896. Nunca debió ser cordial, placentera, la relación con la esposa, como tampoco lo fue, recuérdese, la relación con la madre. A la muerte de Blanca, en 1908, confesó Ruiz Contreras a la marquesa de Villamagna: «Entierro con ella toda una vida que a los veinticuatro años empezó para mí apasionada y briosa y me deja a los cuarenta y cinco con más deseos de reposo que de lucha. Nos queríamos de veras y sólo fuimos felices a ratos»; días antes de redactar la carta a que pertenece el texto leído escribió, hablando ahora con la madre y aludiendo a la esposa muerta: «Piense que al decidirme por lo que ha sido mi tormento y mi desesperación tenía veinticuatro años. No envejecí ni sufrí en balde» (4). La actitud mantenida ante la esposa y la madre descubren en Luis Ruiz Contreras una personalidad difícil en el trato íntimo, que esquiva la entrega, rica en defensas y prevenciones.

La muerte del hijo y de Blanca dejó a Ruiz Contreras en situación de desconcierto íntimo e hizo posible un cambio en su existencia; favorece el retraimiento, la postura «alejada» que entonces hace suya y nunca abandonaría. En esta crisis influyen, desde luego, otros factores, y entre éstos el fracaso en sus ilusiones de escritor y también y poderosamente, factores temperamentales; de ellos el más im-

(3) L. RUIZ CONTRERAS: *Ibid.*, pp. 69-70.

(4) La muerte de la esposa está relatada, con pormenores, por RUIZ CONTRERAS en cartas a su madre y a JOAQUÍN FITER, escritas las dos el 14 de agosto de 1908. Estos textos epistolares, como los muchos utilizados en la redacción del presente trabajo, figuran en el volumen *Día tras día* (1950).

portante, sin duda, fue la condición, diré «femenina» de su carácter, peculiaridad de su modo de ser que nutrió de reticencias la relación con la madre y más tarde inspiró la actitud proteccionista, con mucho de maternal, mantenida ante un grupo de escritores jóvenes en el que hicieron número los futuros «noventayochistas». A confirmar esta suposición acude este inequívoco testimonio del propio Ruiz Contreras: «Yo fui siempre maternal para mis amigos; tuve gusto en simplificar la vida, el fácil desarrollo de todas las actividades que descubrí en torno mío. Paternal fuera inculcarles inclinaciones, gérmenes que su facundia luego desarrollara; pero no sucedió así; y mi amistad se redujo a dar cobijo y esperanzas a los que sentían su talento y su vocación desdeñados por la indiferencia» (5).

Esta presencia de rasgos femeninos o maternales en su conducta, que hacen comprensible, como dije, la relación con la madre y la esposa, ayuda asimismo a entender la actitud, asimismo equívoca, ante las mujeres de muy dispar edad y condición social que siempre acompañaron la existencia de Ruiz Contreras hasta los años de la vejez; la misma explicación puede darse a su afición por la cocina y la repostería, bien conocida y aprovechada por escritores y bohemios un día amigos suyos y que le sirvió, como se verá, para redactar libros sobre temas culinarios editados con cierta fortuna y que firmó con el seudónimo *Señora Martín*.

Privado del hijo y de la esposa, enemistado con las hijastras, distanciado de la madre, Luis Ruiz Contreras, en soledad, aislamiento, que según dije, mantuvo hasta la muerte, busca rehacer su existencia. El recuerdo de su relación con Blanca le hace rechazar incluso la simple alusión a un nuevo matrimonio; a la madre, que le aconseja casarse, le contesta: «Amar, admirar, es consagrarse; lo sé por experiencia. He querido mucho y siempre me han sacrificado. Me llegó la hora de que alguien se sacrifique por mí o de que me dejen en paz. Hice mucho bien y me lo han pagado muy mal. Ahora sólo quiero ser bondadoso conmigo, y si no me lo agradezco, todo se queda en casa».

Madurez y senectud

Viudo a los cuarenta y cinco años, consumado ya, en esta fecha, el fracaso de sus ilusiones de escritor, apartado, voluntariamente, del mundillo madrileño en el que anheló triunfar, consagrado a quehaceres literarios menores que le permiten subsistir, Luis Ruiz Contre-

(5) L. Ruiz Contreras: *Medio siglo de teatro infructuoso*, p. 185.

ras entra en la madurez, asiste a su tránsito y se adentra en la senectud. Nada hay en esta existencia suya, en lo «exterior» de la misma, merecedor de comentario. Tuvo siempre domicilio en Madrid, primero en la calle de Alcalá, y desde 1913 en la calle de Lista. A poco de iniciarse la guerra civil se traslada a Barcelona, no regresando a la capital hasta el 21 de junio de 1939; con posterioridad a esta fecha Juan Aparicio, entonces Director General de Prensa, le facilita colaboraciones en diarios de provincias y lo incorpora a *El Español,* semanario donde aparecieron sus *Memorias de un desmemoriado.* Más tarde entró en relación con la Casa Aguilar, editora de sus últimos libros y a la que instituyó heredera de su epistolario y su biblioteca. La muerte, queda dicho, cerró el ciclo de su existencia en 1953.

Completaré este retrato de Ruiz Contreras recordando lo que de él escribieron quienes le trataron. El primer testimonio, escrito por el futuro *Azorín* en 1897, nos presenta al Ruiz Contreras con el que convivieron, próximo a finalizar el siglo, los «noventayochistas»; «no conozco escritor que trabaje más que el autor de *Los vencidos,* dice Martínez Ruiz (6). Publica cuentos, obras de crítica, folletos de polémica..., todo por *amor al arte.* Porque Ruiz Contreras, más que *profesional,* es un *dilettante* que no se preocupa, ni tiene por qué preocuparse (¡feliz mortal!) del público que paga... Ruiz Contreras encuentra placer escribiendo... a su gusto. Tiene una gran biblioteca —más por lo *bueno* que por lo *mucho*—; escribe en un confortable estudio, lleno de cuadros, armas, curiosidades artísticas —las cuartillas de *Juan José,* ediciones preciosas, autógrafos—; lee las más famosas revistas del extranjero; compra los libros nuevos que le gustan...».

Pío Baroja, en su novela *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox,* convierte a Ruiz Contreras en personaje literario bajo el nombre de Amancio Ramírez, y de él traza este inmisericorde retrato: «Amancio Ramírez era hombre de unos cuarenta años, alto y forzudo, de frente despejada, tanto, que avanzaba por su cabeza y le llegaba al occipucio; su cabeza parecía una rodilla; su nariz, remangada e innoble, casi siempre enrojecida, se presentaba en su cara barbuda como el botón de una rosa sin abrir entre las hojas de un rosal» (7). La enemistad que pronto distanció a Pío Baroja y Luis Ruiz Contreras resistió inquebrantable el paso de los años; prueba de ello nos lo ofrece el capítulo que a Baroja dedicó Ruiz Contreras en sus *Memorias de un desmemoriado.*

De fecha ulterior a los citados es el siguiente testimonio de Ramón

---

(6) AZORÍN: «Charivari», *Obras completas.* Madrid, 1947; I, p. 275.

(7) P. BAROJA: «Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox», *Obras completas.* Madrid, 1947; II, pp. 71-2.

Gómez de la Serna, quien recordando su primera visita a Ruiz Contreras escribe: «se quedó fijo en mí su rostro entre socrático y de perro y su cráneo tan prepotente que me pareció estar hablando con una barbada calavera»; con los años, añade Ramón, tomó el aspecto de un «Diógenes superviviente», «se iba convirtiendo en gran araña de los hombres y las mujeres» (8). Sobrevivió Ruiz Contreras a su tiempo y fue para los que siguieron tratándole representante de una época hecha ya historia; «era, cuenta de él César González Ruano (9), una figura conocida en todo Madrid, sin que casi nadie, aparte de los escritores, supiera quién era...; ninguno de los que empezábamos a escribir sabíamos exactamente qué había hecho ni qué representaba aquel viejo arrogante y de malas pulgas, que, pareciendo el escritor por antonomasia, el escritor vestido de escritor, tenía publicados unos delgados libros demasiado personales, en un lenguaje áspero y poco preciso, que nadaban en un clima confuso entre el ensayo crítico y las memorias íntimas de un raro de las letras».

A lo que de él han dicho quienes le trataron es preciso sumar lo que de sí mismo escribió Ruiz Contreras, pues ayudará mucho a rehacer su estampa. En 1908, en carta dirigida a Sofía Casanova, hablando del que entonces creía ser, dirá: «Soy el hombre molesto de las tristes verdades, el hombre que ama la soledad»; años después, en 1914, escribiendo ahora a Carmen Gómez Cano, afirma: «es mi carácter seco y adusto: soy un "moralista" más próximo a San Pablo que a San Francisco de Asís». En su libro *Medio siglo de teatro infructuoso* figura esta importante confesión (10): «Hay en mi horóscopo una contradicción constante; las líneas de mi mano aparecen quebradas y rotas: vehemencia fulminante y pasividad insensata; sociable por naturaleza y solitario convencido. Creo incorrección grave lo que otros pasan por alto, y perdono fácilmente lo que otros juzgan con saña inextinguible. Nunca sentí rencor, pero muestro a veces tanta severidad, que mis juicios inspiran rencores. No envidio a nadie, aunque soy de los hombres condenados por la penuria del vivir a desear la posesión de unos billetes; y cuando la casualidad los pone a mi alcance hago con ellos pajaritas de papel. Esclavo de mis afectos, agiganté notorias medianías, pero jamás por espíritu de venganza antepuse a mi rectitud mis personales conveniencias. En el tumulto de mis emociones, de mis entusiasmos y de mis abatimientos, mi

(8) R. Gómez de la Serna: «Luis Ruiz Contreras», *Retratos contemporáneos, Retratos completos*. Madrid, 1961; pp. 367-68.

(9) C. González Ruano: «Luis Ruiz Contreras», *Siluetas de escritores contemporáneos*. Madrid, 1949; pp. 17-8.

(10) L. Ruiz Contreras: *Medio siglo de teatro infructuoso*, pp. 132-33.

conducta fue siempre clara; seguí un penoso camino, y en sus revueltas no dejé nunca jirones de la dignidad».

El hombre interior

No quedaría completo el retrato de Luis Ruiz Contreras si al recuerdo de lo que fue su existencia y al testimonio de quienes le conocieron no añadiese una referencia a la vida interior del personaje, especialmente rica y compleja cuando los años y diversas experiencias lo alejan de la juventud y derrocan sus esperanzas de alcanzar renombre como escritor. Los documentos que permiten adentrarse en el mundo íntimo de Ruiz Contreras nos los ofrece él mismo, ante todo en su epistolario.

Las muchas cartas que escribió sirvieron a Luis Ruiz Contreras para llenar el vacío de su existencia cuando hubo de renunciar al triunfo literario limitándose su quehacer de escritor a secundarias tareas de traductor; sus cartas, dirigidas unas a personajes con renombre, otras a mujeres de muy varia condición social, algunas a oscuros aprendices de escritor, descubren hasta qué punto quien las redactó se sintió atraído por el espectáculo de su propio existir y cómo aproximó a este ininterrumpido desvivirse el horizonte de su mundo hasta el extremo de no interesarle en el soliloquio de sus cartas más que interpretar y comentar aquello que en su intimidad acaecía.

Lo que más destaca en esta imagen que de sí mismo va elaborando, carta tras carta, Luis Ruiz Contreras, es la temprana conciencia que tuvo de la vejez, de la decandencia física que los años imponen; mucho antes de que la vejez real, la biológica, hiciera presa en su vida, Ruiz Contreras se siente anciano. Testimonios de ello se encuentran incluso en textos de su juventud. El 7 de febrero de 1896 escribió el soneto «Desolación», al que ponen remate estos tres versos:

Puertas de la vejez, treinta y dos años,
abríos para mí. Llego rendido,
¡quisiera descansar, y no sé dónde!

Esta vivencia, querida, de la vejez, reaparece una vez y otra en el cuerpo de su epistolario; en carta a Pérez Galdós de 1910, tiene entonces sólo cuarenta y siete años, escribe: «Da gusto sentirse viejo, convertirse de actor en espectador»; dos años después le dice a Carmen de Burgos: «No escribo nada. Tampoco leo. La vejez se revuelve dentro de mí... Ser viejo no es una desgracia, pero es una tristeza;

y vivir triste no es desagradable del todo»; al siguiente año, ahora dirigiéndose a Pedro de Novo Colson, escribe: «¿A usted no le complace ser viejo? A mí sí. La juventud es un burdo engaño». Cabe pensar que esta aceptación, aparentemente complacida, de la vejez se halla ligada en Ruiz Contreras, por oscuros pero poderosos lazos inconscientes, al fracaso en que abocaron sus experiencias como autor dramático y las empresas literarias que animaron su juventud y de las que luego haré historia; la vejez, con su obligado séquito de renunciaciones, podría servir para justificar ante sí mismo el abandono de sus propósitos como escritor.

Con esta anticipada percepción de la vejez se auna en Luis Ruiz Contreras un rico coro de dolencias físicas, muchas simples males imaginarios, todas minuciosamente anotadas por él en esa confesión general que es el epistolario; «mi salud está desorientada», le escribe a la madre en carta de 3 de enero de 1908; «estoy enfermo», le informa, escuetamente, a Ramón Gómez de la Serna, en 1911; «el "gráfico de mi existencia", escribe a Antonio Zozaya el 4 de julio de 1914, sería semejante a una falsilla, pues no hay en mis propósitos, en mis afanes, en mis trabajos, ninguno que no se halle cruzado por una raya negra: la enfermedad»; cinco años antes de la última fecha citada le había escrito a Enrique Rodó: «soy un enfermo, un triste, un desilusionado». Los testimonios podrían multiplicarse; bastan los leídos, pienso, para completar el retrato íntimo de nuestro personaje.

Con la vejez anticipada y la ronda de enfermedades, no por imaginarias menos efectivas a la hora de ahormar su personalidad, a la vida diaria de Luis Ruiz Contreras se suma, desde los años de la madurez, el aislamiento, una soledad particular desde luego, pues nunca faltaron figuras femeninas en su hogar ni tampoco la compañía de amistades de muy dispar condición, hombres y mujeres con los que asimismo mantuvo activa relación epistolar. Ruiz Contreras buscó la soledad, la logró y siempre le resultó grata. «Mi apartamiento es tan dulce, le dice en carta a Alberto Valero Martín, fechada en 1909, tan alegre para mí, que sólo el temor de perder la paz que me proporciona me hace pensar en acudir a la lucha. Nada me seduce tanto como esta soledad».

El desencanto que le depararon sus actividades de escritor, el mal fin de aquel afán suyo por alcanzar renombre literario, le indujeron, no cabe dudarlo, a descubrir en su vida una prematura vejez y la sombra de múltiples dolencias, también a forjar una pesimista idea de la convivencia; le escribe, en 1917, a Gonzalo Morenas de Tejada, «cada uno vive contra todos, y entre todos tratan de aplastar a cada

uno. ¿Llamar lobo al hombre? ¡Ya quisiera! Porque los lobos devoran a los corderos y el hombre devora al hombre. Más cruel que todas las fieras y todas las alimañas, ha inventado la virtud sólo para poder encubrir su fiereza y su ruindad. Nadie cree en nadie, y en el fondo nadie cree en nada cuando ha vivido lo suficiente para que sus experiencias le aleccionen». Este fue, en su intimidad, Luis Ruiz Contreras, y gobernada por tales convicciones discurrió su existencia hasta que la muerte, ya en plena senectud, puso remate a su vida. Conocido el hombre, es momento de acercarnos a su obra, examinar los frutos de su quehacer como escritor y los que consiguió, más valiosos, ejerciendo un singular mecenazgo literario sobre los futuros «noventayochistas» y varios de sus compañeros de promoción.

EL ESCRITOR

Crítico literario

Apuntado queda cómo se desveló, siendo todavía un adolescente, la vocación literaria en Luis Ruiz Contreras; a ella se consagró por entero desde 1884, abandonados los estudios superiores, y hombre de letras fue hasta su muerte. Su labor como crítico, el capítulo más dilatado de su obra de escritor, la inicia en Barcelona con un comentario sobre Pereda, publicado en el diario *La Dinastía;* también escribió en los periódicos de la capital catalana *La Publicidad* y *El Noticiero.* Ya en Madrid, Alvarez Sereix lo vinculó al cuadro de colaboradores de la *Revista Contemporánea,* y en sus páginas, entre 1887 y 1890, aparecieron estudios suyos sobre Pereda, Narciso Oller y Houssaye, *Silverio Lanza, Clarín* y la condesa de Pardo Bazán. Más importante por su volumen es la labor que como comentarista de la actualidad literaria realizó en las revistas por él fundadas y de modo especial en *Revista Nueva* (11); de fecha ulterior es su colaboración en *Prometeo,* la revista que gobernó Ramón Gómez de la Serna (12). Con posterioridad a esta presencia suya en *Prometeo,* la labor periodística de Ruiz Contreras fue escasa; concluida la guerra civil, publica retazos de sus memorias en los semanarios *El Español* y *La Estafeta Literaria;* otras colaboraciones aparecieron en el periódico madrileño *Pueblo.*

---

(11) Una relación completa de esta producción suya en L. S. Granjel: *Biografía de «Revista Nueva».* Salamanca, 1962.

(12) Cf. L. S. Granjel: «Prometeo (1908-1912)», *Insula,* núm. 195. Madrid, febrero 1963.

Luis Ruiz Contreras firmó la casi totalidad de sus comentarios críticos con seudónimo; en *Revista Contemporánea* fue «Palmerín de Oliva» y «El Amigo Fritz», y en *Revista Nueva,* «Armando Guerra», «Máximo», «Maximino», «Mínimo» y «Pseudónimo». Parte de esta labor suya como crítico fue por él recogida en diversos volúmenes: *La Montálvez* (1885), *Libritos, librotes y libracos* (1893), *Palabras y plumas* (1894), *De guante blanco* (1895) y *Tres moradas: Menéndez Pelayo, Galdós, Pereda* (1897).

Como comentarista teatral Ruiz Contreras desarrolló, hasta principios de siglo, una labor importante; hizo crítica de teatros en el diario barcelonés *La Dinastía,* y en Madrid, en la *Revista Contemporánea,* tuvo a su cargo la sección «Palabras y plumas» (1889-1890), cometido que durante otras temporadas (1890-1893) prosiguió en el diario *El Resumen;* estas crónicas las reunió en el volumen *Desde la platea (Divagaciones y críticas),* editado en 1894. Al teatro consagró Luis Ruiz Contreras dos de las publicaciones por él fundadas: *Teatro Moderno* (1891) y *Revista de Arte Dramático.* Crítica teatral hizo también en *Revista Nueva* (1899), firmando en ella, con el seudónimo «Armando Guerra», la sección «De Telón adentro»; información sobre la actualidad teatral madrileña incluye asimismo su revista *El amigo de las mujeres* (1915). El proyecto de García Alix para crear un Teatro Nacional fue comentado por Ruiz Contreras en su folleto *La chifladura de un ministro* (1900). De su preocupación por la vida teatral española da asimismo testimonio su libro *Dramaturgia castellana. Estudio sintético acerca del teatro nacional,* editado en Madrid en 1891.

Obra creadora

La labor creadora de Luis Ruiz Contreras reúne unos volúmenes de relatos, otros de textos poéticos y, como su capítulo más importante, un número, no elevado, de piezas dramáticas, en cuya realización puso el autor sus mejores afanes. Con narraciones breves, Ruiz Contreras compuso las obras *Cuentos apasionados* (s. l.; s. f.), *Novelas infantiles* (París, 1897) y *Palabras y plumas* (Barcelona, s. f), dos tomos de *Historias crueles* (Madrid, 1888 y 1895) y el libro titulado *De amor* (1896). Ninguna de estas obras merece comentario. Tampoco requiere otra referencia que su simple mención el quehacer poético de Ruiz Contreras, reunido en los volúmenes *Para muestra... (Sonetos amorosos),* editado en Madrid en 1895, y *De un poeta muerto. Rimas amorosas* (Madrid, 1907).

Como autor teatral, Luis Ruiz Contreras quiso conquistar renombre, triunfar, y el fracaso de aquella ilusión influyó decisivamente en el rencoroso aislamiento que pone marco a su existencia desde 1908, fecha, recuérdese, en que también aconteció la muerte de la esposa. Una pormenorizada historia de aquellos deseos suyos de ser dramaturgo con fama y la explicación del triste epílogo que puso fin a tales propósitos figura en su libro *Medio siglo de teatro infructuoso* (Madrid, 1930), obra de lectura inexcusable para conocer el humano talante de quien la escribió.

La pasión por el teatro dominó a Ruiz Contreras desde los años de la infancia; lector de Zorrilla, de Campoamor y Núñez de Arce, víctima del morbo romántico, en sus cuadernos de escolar esboza leyendas y tradiciones, «comedias y dramas a granel» (13); en 1879 escribe un drama en verso, en tres actos, que tituló *La Justicia no se vende,* y tras dar cima a este primer empeño redacta las obras, también en verso, *Amor infernal, El honor por la deshonra* y *La sombra del muerto;* pocos años después, entre 1881 y 1882, ahora bajo el influjo de Echegaray, compone las piezas dramáticas *Ser feliz al despertar, La celada* y *En busca de gloria,* obra esta última que dio a leer al actor Emilio Mario. Su descubrimiento de la mujer, antes lo dije, le inspira *La señora Baronesa,* «acción dramática» que publicó en la *Revista Contemporánea* (1892). *Los vencidos,* texto dramático en prosa, que refleja la ruptura de Ruiz Contreras con sus primeras admiraciones como autor teatral, interesó a Pompeyo Gener, quien hizo su versión al catalán con el título *Los Senyors de Paper,* estrenándose en el teatro Novedades, de Barcelona, en 1892; un pleito sobre la paternidad de la obra amargó este primer triunfo escénico de Ruiz Contreras, obligándole a publicar el folleto *En defensa propia. Libelo que pudiera servir de prólogo a «Los Senyors de paper», drama de Pompeyo Gener y Luis Ruiz Contreras* (Madrid, 1892) (14).

Mientras esto ocurre, Ruiz Contreras busca introducirse en los medios teatrales de la Corte; frecuenta el saloncillo del Teatro Español y las tertulias de los teatros de La Comedia y La Princesa, en los que anuda lazos de amistad con actores y actrices. Influido por Zola compone el drama, en prosa, *El casino y la taberna* y seguidamente la obra *El pedestal,* «poema dramático» puesto en escena por Ceferino Palencia el 9 de abril de 1898; lo que pudo haber sido comienzo de una carrera teatral sólo sirvió para proporcionar al autor

(13) L. Ruiz Contreras: *Medio siglo de teatro infructuoso,* p. 18.
(14) La historia detallada del suceso la rehace Ruiz Contreras en el libro citado, en la nota precedente, pp. 159-78.

un nuevo desengaño (15). No alcanzaron a ser estrenadas sus obras, todas posteriores a *El Pedestal, La eterna seductora, Los padres y los hijos, Pródigo* y *La miseria,* las tres últimas editadas en *Revista Nueva* (1899); Ruiz Contreras intentó convertir en texto dramático la novela de José María de Pereda *La Puchera* (16).

En 1895, Luis Ruiz Contreras edita en volumen, con el rótulo de *Semi-Teatro,* las obras *Los vencidos* y *La señora Baronesa;* el mismo título lo utilizó en 1900 para encabezar una edición de *Los padres y los hijos, La miseria* y *Pródigo* (17). En 1926, la editorial madrileña «Revista Nueva», con el título *Una obra y un boceto,* hizo nueva impresión de las obras *Los padres y los hijos* y *La miseria.* La labor como autor teatral de Ruiz Contreras se completa con varias traducciones; para Antonio Vico preparó una versión castellana de *Teresa Raquin;* en la *Revista Contemporánea* publicó una versión del drama de Gorki *Escenas de familia;* inéditas quedaron sus traducciones, también «metamorfoseadas», de *Claudia,* de George Sand, y *Las mujeres de mármol,* de Teodore Barrière. Su último intento como dramaturgo lo realizó Luis Ruiz Contreras en 1916, cuando redacta el drama *Amor cruel,* obra que tampoco lograría dar a conocer.

Una parte, no pequeña por cierto, de la labor como escritor de Ruiz Contreras podría encabezarse con el título de literatura feminista; se agrupan en ella libros que tienen por tema a la mujer y obras de divulgación sobre quehaceres desligados por entero de las ocupaciones propias del varón. Luis Ruiz Contreras se dirigió directamente a las mujeres de su tiempo, buscó colaborar en su educación, con el libro *Clave matrimonial,* y años después por intermedio de su revista *El amigo de las mujeres.*

Clave matrimonial, obra subtitulada «Fisio-psicología de un asunto escabroso», editada por vez primera en Madrid, en 1906, y de la que apareció su tercera edición en 1924, aborda y busca resolver cuantos problemas suscita la relación sexual, pudiendo considerarse el libro temprana incursión en cuestiones que años después, ya en nuestros días, iban a adquirir boga indisputable (18). Los temas primero co-

---

(15) L. Ruiz Contreras: *Semi-Teatro. El pedestal. Poema dramático en tres jornadas (última parte de una trilogía).* Madrid, 1898. El prólogo, titulado «Cuento de cuentos», narra las vicisitudes por las que discurrió la presentación al público de esta obra.

(16) La historia de tal propósito se cuenta en su folleto *La novela en el teatro* (Madrid, 1903).

(17) De este volumen se hizo nueva edición en 1934, y otra, como las precedentes, también en Madrid, en fecha posterior a 1946.

(18) La tercera edición del libro, la de 1924, se enriquece con ocho sonetos y artículos editados en *El amigo de las mujeres. Clave matrimonial* quiso ser, en el propósito, no hecho realidad, de su autor, título inicial de una serie a la que se incorporarían tres volúmenes más, titulados *Placeres de la juventud, La mujer y el matrimonio* y *El matrimonio y la familia.*

mentados en *Clave matrimonial* son objeto de nuevo tratamiento en varios números de la revista *El Amigo de las Mujeres,* semanario totalmente redactado por Ruiz Contreras y cuyo primer número apareció el 12 de octubre de 1915; en esta revista reimprimió los capítulos de que se componía su *Clave matrimonial,* y asimismo fragmentos de la obra titulada precisamente *El Amigo de las Mujeres,* puesta en castellano por Francisco Mariano Nipho y que apareció en Madrid en 1763; secciones fijas de la revista fueron las rotuladas «Feminismo naturalista», «Epistolarios» y otras dedicadas a comentar la actualidad literaria, social y política.

La probada afición de Luis Ruiz Contreras por el arte culinario, su costumbre de obsequiar a los amigos con guisos y productos de repostería por él mismo preparados, de la que nos dan curiosas noticias Pío Baroja y César González Ruano, entre otros, debió inducirle a redactar textos de cocina, firmados todos con el seudónimo «Señora Martín» (19), y que tuvieron, justo es consignarlo, una acogida más favorable que sus escritos literarios.

Vencida la juventud, abandonados los afanes por ganar nombre como dramaturgo, Ruiz Contreras reduce su vida de escritor a la realización de quehaceres literarios menores, de modo casi exclusivo traducciones, y en ellas encuentra los recursos económicos precisos para sostener su existencia de solitario orgulloso; «las traducciones me permiten comer y dormir», confiesa en carta a Osorio Gallardo fechada a 24 de agosto de 1918. Amplia fue su labor de traductor; a Luis Ruiz Contreras se debe la versión castellana de la *Relation du voyage d'Espagne* de la Comtesse d'Aulnoy y traducciones de obras de Guy de Maupassant, Edmund Goncourt, Willy, Baudelaire y Remy de Gourmont, Margerite Eymery, Pierre Valdagne y Henri Gauthier-Villars. El capítulo más importante de este quehacer lo compone su traducción de la obra completa de Anatole France; «plenipotenciario de Anatole France en España», llamó a Ruiz Contreras Mariano de Cavia. La salvaguarda de sus derechos como traductor del novelista francés le llevó a un pleito que duró siete años y del que iba a salir, aunque triunfador, perjudicado en su frágil economía y quebrantado moralmente; referencias a este episodio, y abundantes, se encuentran

---

(19) SEÑORA MARTÍN: *Cocina ideal sencilla y económica, o arte de preparar sabrosos y exquisitos platos para diferentes gustos y ocasiones* (Madrid, 1901; 2.ª edición 1905, 3.ª edición 1915); Ibíd.: *La verdadera vida. Cocina del tiempo sencilla o arte de preparar sabrosos platos propios de cada estación* (Madrid, 1902); Ibíd.: *Golosinas. Repostería casera, almíbares, mermeladas, pastas de frutas, jaleas, compotas, gelatinas y platos dulces, helados, varias bebidas, jarabes y licores* (Madrid, 1905; 2.ª edición 1910). A estas obras hay que sumar la versión castellana del libro *Manual de cocina práctica,* de MARIE LOUISE LASSUS, hecha por encargo del editor Sáenz de Jubera.

en su epistolario; en una carta a su hermano Ramón, fechada a 7 de marzo de 1917, tras notificarle el favorable fin del proceso alude al impacto producido en su intimidad por aquellos años de pugna judicial en estos términos: «Conservo en todo una desconfianza latente, semejante a la que deben sentir los locos al recobrar la razón; y una cobardía como la de los perros maltratados, que se encogen ante cualquier gesto o cualquiera voz».

Autobiografías. Epistolarios

De la obra de Luis Ruiz Contreras su parte más valiosa, la única, ciertamente, que puede interesar al lector, es la compuesta por libros autobiográficos y por su epistolario, en conjunto una importante crónica de la vida literaria española finisecular. Los textos en que rehace sus recuerdos y emite opinión crítica sobre los escritores integrantes de la llamada «Generación del noventa y ocho» y de otros literatos coetáneos suyos, los encabeza Ruiz Contreras con el rótulo común de *Memorias de un desmemoriado,* publicándose en fechas muy distintas (20). La paternidad de este título tuvo que disputarla con *Parmeno,* Mariano de Cavia y Pérez Galdós; en carta dirigida a este último, tras hacer relación de sus derechos a usar el encabezamiento «Memorias de un desmemoriado», ideado por él, le dice, en 1894, y añade: «Escribo también mis *Memorias* con el mismo título, que, además de ser invención mía (creo yo) me agrada porque responde a mi manera de ser y la sintetiza: el desmemoriado que imaginé al principio era un hombre que sólo recordaba emociones y sensaciones: algo de lo que me sucede».

Las primeras entregas de sus «Memorias de un desmemoriado» las publicó Ruiz Contreras en la revista, dirigida por él, *La linterna* (1894) y luego fueron incorporadas al volumen *De guante blanco;* otros capítulos de esta rememoración de su vida los editó en *Revista Nueva* (1899) y otros, años después, en el diario *Heraldo de Madrid* (1905); de fecha ulterior son los volúmenes que con el título común *Memorias de un desmemoriado* aparecieron en 1916 y 1928; ambas obras se componen de trabajos dados a conocer primero en

(20) *Memorias de un desmemoriado:* I. *Fragmentos;* II. *Tres moradas;* III. *Divagaciones;* IV. *Consejos vanos;* V. *Reminiscencias familiares* (Madrid, 1916); *Memorias de un desmemoriado, El crítico y su crítica, una dedicatoria impertinente, Quién era Palmerín de Oliva, El arte de novelar* y *La nueva literatura* (Madrid, 1928); *Memorias de un desmemoriado* (Madrid, 1946). Con anterioridad Ruiz Contreras ya usó el título «Memorias de un desmemoriado» para rotular los volúmenes de crítica literaria: la primera edición de *Tres moradas* (Madrid, 1897), y el folleto *La chifladura de un ministro* (Madrid, 1900).

publicaciones periódicas y relacionados todos con su actividad de crítico literario. Más importante que los mencionados es el tercer volumen de *Memorias de un desmemoriado,* editado en 1946 y que reúne trabajos antes publicados en *El Español* (21); la obra que cito, dedicada a Juan Aparicio, se compone de veinte capítulos, en realidad trabajos independientes, en los que rememora la relación que mantuvo durante los últimos años del pasado siglo y en la primera década de la actual centuria con los futuros «noventayochistas» (Unamuno, Maeztu, *Azorín* y Baroja), con Benavente y Valle-Inclán, con Pérez Galdós, Menéndez Pelayo, Rubén Darío, el novelista José María Matheu, Antonio Palomero y otros escritores y periodistas miembros de las tertulias literarias que tuvieron vida en el Madrid de la Regencia.

De su propia existencia ofrece Luis Ruiz Contreras amplios retazos en el volumen titulado *Mis jesuitas* (1903) y también en la obra *Medio siglo de teatro infructuoso* (1930). Excepcional interés posee su epistolario; de las muchas cartas que escribió a partir de 1906, hizo Ruiz Contreras, hombre cuidadoso, copia mecanográfica, y con este archivo, sólo parcialmente utilizado, compuso los volúmenes *La tierra natal* (1931) y *Día tras día* (1950). La primera de estas obras reúne cartas escritas por Ruiz Contreras en Castelló de Ampurias y en Madrid, fechadas, en su mayoría, entre 1927 y 1931; están dirigidas las más importantes a Eugenio d'Ors, Juan Estelrich, María de Maeztu, Ernesto Giménez Caballero, Blasco Ibáñez, Ramiro de Maeztu y Pedro Sainz Rodríguez; ocho cartas, todas fechadas en 1931, fueron escritas a Concha Téllez, y en ellas su autor teoriza sobre el tema, siempre grato para él, de la mujer y el amor. El segundo epistolario, titulado *Día tras día,* agrupa más de centenar y medio de cartas, fechadas entre 1908 y 1922 y dirigidas a políticos con los que sostuvo amistad, escritores (22), amistades femeninas y familiares.

---

(21) Anterior a ellos es el artículo «La llamada generación del 98», que apareció en la revista *Universidad de La Habana* (1941, VI, 35, 64-76).

(22) Figuran en el volumen *Día tras día,* entre otras, cartas dirigidas a Benavente, Unamuno, *Azorín,* Blasco Ibáñez, Pérez Galdós, Cristóbal de Castro, Francisco de Cossío, José Francés, Ramón Gómez de la Serna, Jacinto Grau, Hoyos y Vinent, Juan Ramón Jiménez, López Pinillos, Ricardo León, Ramón Pérez de Ayala, José Ortega y Gasset, Antonio Zozaya, Carmen de Burgos, Sofía Casanova y Margarita Nelken.

Primeras revistas

Parcela importante en la vida literaria de Luis Ruiz Contreras la constituye su reiterada promoción de empresas editoriales, fruto del papel de inspirador y protector, con mucho de «maternal» cuando menos en la intención, que quiso representar ante la más joven generación de escritores de la Regencia; certero es, a este respecto, el siguiente juicio formulado por Ramón Gómez de la Serna (23); «Ruiz Contreras no será ni un dramaturgo ni un novelista, aunque escribe novelas; Ruiz Contreras será sólo un tipo imponente, pintoresco, misterioso, que animará la vida literaria de una larga época. Mecenas de esperanzas, exaltador de aficiones, médico de impaciencias literarias».

Luis Ruiz Contreras fue un impenitente fundador de revistas; «nunca fui adinerado ni administrativo —confiesa en uno de sus libros de recuerdos (24)—, y tuve la simpleza de hacer, uno tras otro, periodiquillos y revistas que requieren dinero y administración». He aquí una relación, basada sobre todo en las informaciones que facilita el propio Ruiz Contreras, de sus fundaciones literarias. La primera revista a la que dio vida se titulaba *La Linterna,* y apareció en Madrid en 1894; a la cabeza de este semanario puso las siguientes palabras, tomadas de Courier: «Dejad que digan; dejaos insultar, procesar, encarcelar; dejaos ahorcar, si es preciso; pero publicad vuestro pensamiento.» Halló inspiración para redactar aquel periódico en lecturas de *Fígaro,* Martínez Villergas y Diderot. En 1893 Ruiz Contreras colaboró en *La Justicia,* periódico que dirigía Rafael Altamira, cuyo gobierno le fue luego ofrecido y no aceptó, proponiendo para tal puesto a José Francos Rodríguez. Con Altamira, Ruiz Contreras funda una publicación mensual de más ambiciosas metas: la *Revista crítica de historia y literatura españolas,* cuyo primer número se editó en marzo de 1895; disensiones surgidas entre ambos directores hacen fracasar, en el mismo año de su aparición, la empresa; desligado de Altamira, Ruiz Contreras mantiene la publicación desde ahora titulada *Revista crítica de historia y literatura españolas, portuguesas e hispanoamericanas.*

En abril de 1897 aparece el primero y único número de un nuevo empeño editorial; se tituló *La Lectura* y lo emprendió con el concurso de Teodomiro Moreno, *El bachiller Estepa;* Ruiz Contreras pretendió mantener la revista con la colaboración de los jesuitas; tal pro-

(23) R. Gómez de la Serna: *Op. cit.,* p. 367.
(24) L. Ruiz Contreras: *Medio siglo de teatro infructuoso,* p. 225.

pósito suscitó una airada repulsa de cuantos entonces acudían a su tertulia, capitaneando la revuelta Antonio Palomero; acres recuerdos de este modesto escándalo literario perduran en el *Charivari,* de *Azorín.* «*La Lectura* —cuenta Ruiz Contreras (25)—, intento frustrado por voluntad mía, no por impotencia ni por abandono, dio mucho que hablar a escritores de muy distintas ideas.» Dos años después aparece *Revista Nueva,* la más importante fundación de Luis Ruiz Contreras, de la que luego haré la historia que merece. Con posterioridad a la desaparición de *Revista Nueva,* Ruiz Contreras intenta publicar una versión castellana de la revista barcelonesa *Pèl & Ploma,* de Miguel Utrillo y Ramón Casas; el fracaso en que concluyó este proyecto (26) puso fin a la tertulia literaria que en su hogar madrileño sostenía Ruiz Contreras.

Anteriores, por su fecha, a las revistas mencionadas, son dos fundaciones de Ruiz Contreras íntimamente ligadas a su viva preocupación por el teatro; fueron éstas las publicaciones *Teatro Moderno. Revista Nueva* (1891), en la que tuvo como socio y colaborador a Gustavo Cacho, y *Revista de Arte Dramático,* cuyo primer número consagra a Antonio Vico y en la que editó versiones de Ibsen. Con posterioridad a 1899, año en que aparece y sucumbe *Revista Nueva,* Ruiz Contreras pretendió hacer realidad una publicación en la cual busca actualizar el propósito que años antes le indujo a editar *La Linterna;* sobre este proyecto le escribe a Juan Carrera, en carta de 16 de enero de 1909: «Tengo idea de hacer un periódico "satírico", no con la sátira punzante y agresiva de que *Gedeón* es el último y moribundo ejemplo, sino con el espíritu crítico y la suave ironía que responde a la nueva cultura.» La última empresa editorial ideada por Ruiz Contreras fue el semanario *El Amigo de las Mujeres,* del que su primer número apareció en Madrid el 12 de octubre de 1915; en esta revista, de la que fue redactor único, puso su talento, como antes dije, al servicio de un ideal feminista, buscando dar nuevos cauces al entonces ya popularizado problema sexual; de los resultados de tal propósito habla así en carta escrita en 1918 a Alberto Ghiraldo: «Me proponía interesar a unos millares de mujeres humildes y sólo conseguí que me leyeran un centenar de hombres ilustrados.»

Tertulias

Una faceta de la actitud protectora mantenida por Ruiz Contreras en su relación con la más joven promoción de escritores en los

(25) L. Ruiz Contreras: *Memorias de un desmemoriado* (1946), cap. I, p. 47.
(26) L. Ruiz Contreras: *Ibid.,* cap. III, pp. 85-6.

años finales del siglo la constituye las tertulias que quiso y supo mantener; en aquellas reuniones hicieron número, de modo casi siempre fugaz, los futuros «noventayochistas» y los que entonces encabezan la renovación modernista. El futuro *Azorín* describe en su *Charivari* la tertulia que cada miércoles llevaba al hogar de Luis Ruiz Contreras a periodistas y aprendices de escritor como «reuniones bohemias en que se habla de todo, y se exponen programas de estética, y se lanzan anatemas»; y añade: «El, *Palmerín* [Ruiz Contreras], fue quien hizo aquí de Rodolfo Salis, fundando una especie de *cabaret* artístico, modesto *Chat Noir* mantenido a su costa, y que se vio abandonado completamente por los bohemios; tan abandonado, que el autor de *Historias crueles* no consiguió que la perezosa juventud —amigos y compañeros— fuese a su taberna, donde encontraba servicios gratis» (27). Precisos son los recuerdos que de la tertulia de Ruiz Contreras nos ofrece Alfonso Reyes (28).

Tenía siento la tertulia de Ruiz Contreras en el domicilio de su promotor, en el número 27 de la calle de la Madera, ocupando en él un amplio salón al que adornaban, cuenta quien la fundó (29), «un *bureau* francés, una mesa escritorio, tres mesitas auxiliares, cuatro sillones, dos meridianas, doce sillas, un hermoso parabán japonés (bordado en sedas brillantes, no en oro muerto), dos inmensas estanterías con libros, cuadros al óleo, excelentes dibujos, una panoplia de armas antiguas y, en *mesa revuelta,* bajo un cristal encuadrado, las cuartillas del primer acto de *Juan José*», el drama de Dicenta; completaba el mobiliario un diván circular que antes perteneció a la redacción del diario *El Globo.* Más tarde fueron instalados en el mismo salón algunos útiles de gimnasia de los que hicieron buen uso varios asiduos a la tertulia (30), y entre ellos, el primero, Benavente. La obsequiosidad del anfitrión se hacía patente, con otros gestos que silencio, en la frecuencia con que funcionaba una heladora de su propiedad para regalo de los contertulios; más de una vez Pío Baroja gastó sus fuerzas dándole vueltas al manubrio de tal artefacto.

Nunca una verdadera amistad gobernó las relaciones de la inquieta y maldiciente grey literaria reunida en el salón de Ruiz Contreras; sobre este particular no dejan lugar a la duda ni las *Memorias* de quien la presidía ni los recuerdos de *Azorín,* de Alfonso Reyes y de Baroja, reproducidos los de este último en varios de sus libros postreros y

---

(27) AZORÍN: «Charivari», *Obras completas,* I, pp. 276-77.

(28) A. REYES: «El gimnasio de la *Revista Nueva*»; *Obras completas;* IV; pp. 360-62; México, 1956.

(29) L. RUIZ CONTRERAS: *Memorias de un desmemoriado* (1946); cap. XIII; página 321.

(30) L. RUIZ CONTRERAS: *Ibid.;* cap. VIII; pp. 218-19.

muchos antes, convirtiendo aquí la anécdota en tema literario, en el cuerpo de una de sus primeras novelas. Acudían con cierta asiduidad a las reuniones, que se venían celebrando desde el año 1896, Joaquín Dicenta, Ricardo Fuente y Antonio Palomero; Emilio Fernández Vaamonde, Luis Gabaldón, Adolfo Luna y Rafael Delorme; Jacinto Benavente y Valle-Inclán; Rubén Darío y José Martínez Ruiz, ambos presentados por Palomero; Pío Baroja, Manuel Bueno y Ramiro de Maeztu; Unamuno acudía en sus visitas a la corte. La relación de Pío Baroja con Ruiz Contreras era ya entonces antigua y nació en la convivencia de Baroja, en las aulas de San Carlos, con un familiar de Luis Ruiz Contreras; a su regreso de Cestona, Baroja reanuda la interrumpida relación; «entonces —escribe Ruiz Contreras (31)— nos veíamos a diario en mi casa o en la suya». Maeztu había publicado ya su obra *Hacia otra España* cuando Manuel Bueno lo dio a conocer en el cenáculo de la calle de la Madera; del futuro *Azorín*, presentado, queda dicho, por Palomero, tenía Ruiz Contreras noticias proporcionadas por Rafael Altamira.

En esta tertulia, y en la revista que de ella nació, Ruiz Contreras consiguió reunir, fugazmente desde luego, a los futuros «noventayochistas» y a los primeros portavoces del «modernismo» (32); recordando aquella juvenil relación, escribe Azorín en un capítulo de sus *Memorias inmemoriales* (33): «éramos un grupo de amigos que escribíamos bajo la inspiración de Luis Ruiz Contreras; tenía Ruiz Contreras libros franceses, novísimos, que nos prestaba, y que en nosotros despertaban, avivaban, acrisolaban el gusto por la literatura... ¿Y qué conducta tenía con nosotros Ruiz Contreras? Ruiz Contreras era el animador de todos; tuvo constantemente por nosotros una viva preocupación; quería que hiciéramos tal o cual cosa, que escribiéramos de este o del otro modo».

Las referencias del propio Ruiz Contreras a su tertulia, al influjo que con ella ejerció en los escritores entonces jóvenes, son, era de esperar, reiteradas y ricas en detalles; voy a limitarme a reproducir un solo texto, eso sí, suficientemente explícito, que tomo de su epistolario. Procede de una carta dirigida a Miguel Santos Oliver y fechada el 2 de noviembre de 1916; dice a la letra: «En otro tiempo fue mi casa refugio de los que ahora se apellidan "Generación del 98". Martínez Ruiz tomó de mi sotanillo el papel de su *Charivari;* Valle-Inclán

---

(31) L. Ruiz Contreras: *Ibíd.;* cap. III; p. 73.

(32) Sobre la integración de ambos grupos en la promoción literaria de la Regencia Cf. L. S. Granjel: *Panorama de la Generación del 98* (Madrid, 1959), y *La Generación literaria del noventa y ocho* (Salamanca-Madrid, 1966).

(33) Azorín: *Memorias inmemoriales* (cap. XLVIII: «Ruiz Contreras»); *Obras Completas;* VIII; pp. 451-52; Madrid, 1948.

honró mi mesa durante algún tiempo, cuando no tenía mesa ni sillas para sentarse, y se alimentaba fantásticamente con agua de la fuente de los Galápagos, que su espíritu irónico juzgaba muy alimenticia. Joaquín Dicenta depositó en mi escritorio, después de hallar en mi experiencia consejo y amparo, el primer acto de *Juan José,* y se fue animoso a escribir el resto de la obra... A Pío Baroja le saqué de la trastienda húmeda y lóbrega de la panadería de la plaza de las Descalzas, donde tomaba la cuenta a los repartidores del pan de Viena, y lo llevé a mi casa primero, y a *Revista Nueva* después, donde acabó el desilusionado por convertirse al fin en ídolo.»

«REVISTA NUEVA»

La más importante de las empresas literarias emprendidas por Luis Ruiz Contreras, la única, ciertamente, que obliga a recordar el nombre de su promotor, fue *Revista Nueva,* publicación nacida al calor de las reuniones semanales de que acaba de hacerse historia. Anunciando su aparición, con una antelación de dos años, escribió *Azorín* en su *Charivari:* «Ultimamente, Ruiz Contreras trata de fundar una revista, otra revista, pero de jóvenes, independiente, batalladora, en la que entre todo el que sienta y piense con originalidad, y en la que llamarse Juan Particular o Pedro Desconocido no sea obstáculo para publicar un trabajo hermoso» (34). Precedió a la fundación de *Revista Nueva* el intento, fallido, de editar *La Lectura;* meses después de tal propósito alcanza realidad la revista cuya historia es momento de rehacer.

Un irónico recuerdo de aquella empresa, en la que él mismo, en sus comienzos, colaboró, nos la ofrece Pío Baroja en su novela *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901); en ella su héroe, contrafigura literaria de quien lo creó, aparece, en un episodio de su existencia, asociado a la edición de una revista titulada *Lumen* y en la que da a conocer unos fantásticos esquemas filosóficos; mientras Silvestre Paradox no es otro que Pío Baroja, los restantes personajes del suceso: don Braulio Manresa, capitalista de la empresa; Grau, anarquista catalán; Juan Pérez del Corral y Amancio Rodríguez, los dos últimos, escritores, son seguramente reencarnaciones librescas, apenas veladas, de literatos y periodistas con los que Baroja compartió los afanes que dieron vida a *Revista Nueva;* Amancio Rodríguez, inspirador de *Lumen,* es trasunto de Ruiz Contreras,

(34) AZORÍN: *Charivari; Obras Completas;* I; p. 277.

En el relato barojiano (35) se describe el escenario de la redacción, y con él se ofrecen a la curiosidad del lector sabrosas anécdotas de la vida compartida por los integrantes de la juventud literaria madrileña en los años finales del siglo.

Publicación de efímera vida, como todas las que editaron los escritores entonces jóvenes, es hoy *Revista Nueva* uno de los más importantes documentos para rememorar la obra y los ideales de la que luego había de denominarse, con cierta impropiedad, «Generación del Noventa y Ocho». De *Revista Nueva* nos habla Ruiz Contreras en sus *Memorias;* de ella ofrecen referencias sucintas los trabajos de Guillermo de Torre y Germán Bleiberg (36), y la obra *Modernismo frente a Noventa y Ocho,* de Guillermo Díaz Plaja (37); de mención obligada es asimismo el artículo de Alfonso Reyes antes citado. El que esto escribe publicó hace pocos años el catálogo de *Revista Nueva* (38). En sus *Memorias,* Ruiz Contreras recoge una selección de opiniones sobre su revista suscritas por Luis Gabaldón, Díez Canedo, Astrana Marín, López Prudencio, Manuel Abril y José Escofet.

De aparición decenal, los días 5, 15 y 25 de cada mes, el número primero de *Revista Nueva* lleva fecha de 15 de febrero de 1899; el que pone fin a la publicación se editó el 5 de diciembre del mismo año. Se componía en la imprenta de A. Marzo, de la calle de Apodaca, figurando la administración en la sede de la tertulia fundada por Ruiz Contreras; el precio de venta de cada número era de cincuenta céntimos. Modestamente impresa, *Revista Nueva* aparecía en fascículos en octavo, de cuarenta y ocho páginas cada uno, más treinta y dos páginas, con numeración independiente, dedicadas a la publicación, en folletín encuadernable, de obras de gran porte, primera etapa del proyecto, más ambicioso, de fundar una biblioteca filial de la revista. En sus contraportadas, *Revista Nueva* inserta publicidad, se supone gratuita, de las revistas *Mercure de France, Revue Blanche, Revue Enciclopedie Larousse* y *Revue des Revues.*

Cada número de *Revista Nueva* ofrecía a sus lectores un vario contenido: artículos, algunos con categoría de ensayos; obras teatrales, composiciones poéticas, relatos novelescos, comentarios críticos y casi siempre extractos de artículos publicados en otras revistas, de preferencia francesas. Los treinta números que componen la colección com-

---

(35) P. Baroja: *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox; Obras Completas;* II; pp. 71-84.

(36) G. de Torre: «La generación española de 1898 en las revistas del tiempo»; *Nosotros;* núm. 68; pp. 3-38 (Buenos Aires, 1941); G. Bleiberg: «Algunas revistas literarias hacia 1898»; *Arbor;* núm. 36; pp. 465-80 (Madrid, 1948).

(37) G. Díaz Plaja: *Modernismo frente a noventa y ocho;* pp. 25-7; Madrid, 1951.

(38) L. S. Granjel: *Biografía de «Revista Nueva» (1899).*

pleta de *Revista Nueva* se agrupan en dos tomos; incluye el primero los dieciocho primeros números; el tomo segundo aparece dividido en dos series con paginación distinta; la primera de ambas agrupa los números 19 a 23 y la segunda los siete últimos números. En la sección de folletón encuadernable, *Revista Nueva* publicó la novela de los hermanos Goncourt, *Carlos Demailly,* y la obra de teorización anarquista, *La conquista del pan,* de Kropotkine; se hicieron asimismo ediciones especiales de *El pato silvestre,* de Ibsen, y *Cuento de amor,* de Benavente; de los dramas de Ruiz Contreras, *Pródigo* y *Los padres y los hijos,* y de los ocho ensayos *De la enseñanza superior en España,* de Unamuno. Tras la desaparición de *Revista Nueva,* aún buscó su editor fundar una nueva publicación semanal, asociando a ella, como posibles colaboradores, a Unamuno, Ramiro de Maeztu, Rubén Darío, Verdes Montenegro y Manuel Bueno. Bastantes años después retornó al proyecto haciendo partícipes de estas ilusiones al escritor portugués Fidelino de Figueredo y a Ramiro de Maeztu, quien ofreció a Luis Ruiz Contreras interesar en el propósito —eran los años de la dictadura— al general Primo de Rivera; «me propuse resucitar la desventurada *Revista Nueva* —cuenta Ruiz Contreras (39)— en castellano, portugués, catalán y gallego».

En el número que pone fin al tomo primero de la colección figura, en su primera contraportada, el nombre de Luis Ruiz Contreras adjudicándosele el título de director-gerente, la nómina de los redactores de *Revista Nueva* y la de sus colaboradores hispanoamericanos; la primera de estas dos listas la integran los nombres de Benavente, José María Matheu, Salvador Rueda, Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu y José Lassalle, Rubén Darío y Francisco A. de Icaza; en el elenco de colaboradores hispanoamericanos se nombra a Carlos Baires y Luis Berisso, Sanín Cano, Manuel Díaz Rodríguez y Antonio Gómez Restrepo, J. M. de Olaguíbel, Carlos Reyles y Luis G. Urbina, Leopoldo Lugones y Amado Nervo. El número de 15 de septiembre incluye nueva relación de colaboradores de *Revista Nueva,* agrupándolos aquí en dos redacciones, española y americana, de las que figuran como directores, respectivamente, Luis Ruiz Contreras y Rubén Darío. La redacción española, más nutrida en nombres que la publicada en el número 18 de la revista, que ya no incluye a ninguno de los que en la primera figuraron, la componen Manuel Bueno, Bernardo G. de Candamo, Vicente Colorado y Enrique Corrales, *Armando Guerra* y *Silverio Lanza,* José María Llanas Aguilaniedo, Juan José Morato y Enrique Alonso y Orera, José Verdes Montenegro y

(39) L. Ruiz Contreras: *Memorias de un desmemoriado* (1946); cap. III; página 97.

Máximo Zapata. De la redacción americana formaban parte Leopoldo Díaz, Eduardo Ezcurra, E. Díaz Romero, Francisco A. de Icaza y José Ingenieros.

¿Cómo se hizo realidad *Revista Nueva?* Los gastos que su edición ocasionaba, los que finalmente, contribuyendo a ello también la apatía de sus colaboradores, llevaron a su muerte la publicación, pretendió solventarlos Ruiz Contreras emitiendo una especie de bonos, a modo de acciones, por valor de veinticinco pesetas cada uno, que habían de ser suscritos por los redactores de *Revista Nueva,* quienes, por obra de tal argucia, pasaban a financiar la difusión de los hijos de su propio ingenio. Según el testimonio, que ha de reputarse autorizado, de Ruiz Contreras, Pío Baroja adquirió sólo uno de aquellos bonos, Rubén Darío tres y veinte José Lassalle, quien por este rasgo de filantropía tuvo en sus manos la administración de *Revista Nueva,* regentándola los primeros meses al tiempo que firmaba en ella las crónicas de crítica musical. Posteriormente, el novelista José María Matheu tomó a su cargo responder económicamente de la publicación; «más aún que dar sus trabajos a la revista —cuenta Ruiz Contreras de Matheu (40)— le agradaba intervenir en ella, preocuparse de su conservación, que fuera solicitado por mí su parecer, que los demás contertulios, respetuosos con él por su edad y por la dolencia de sus ojos, le atendiesen y escuchasen con agrado».

Entre dificultades económicas, nunca solventadas por entero, leída sólo por quienes la componían o figuraban en el menguado coro de sus amigos y admiradores, *Revista Nueva* cumplió, sin embargo, en su breve existencia, lo he dicho, la finalidad, literariamente importante, de unir a los futuros «noventayochistas» y «modernistas», y con ellos a escritores entonces jóvenes sin filiación estética definida. «En dos meses —proclama orgulloso Ruiz Contreras (41)— logré reunir la llamada luego por *Azorín, generación del 98.* Ni antes ni después aparecieron unidos aquellos jóvenes por otro lazo aparte de *Revista Nueva*». De la veracidad, en parte cuando menos, de tal afirmación, da testimonio la lista de sus colaboradores que luego reproduciré.

El afán o propósito que movía a los redactores de *Revista Nueva* queda expuesto, en su primer número, en una especie de saludo a los lectores, paradógicamente titulado «Epílogo», y en el manifiesto «A la juventud intelectual», incluido también en el mismo número. El primero de ambos textos dice así:

«Aquí termina el esfuerzo tenaz y el sacrificio ignorado.

---

(40) L. Ruiz Contreras: *Ibíd.;* cap. XI, p. 272.
(41) L. Ruiz Contreras: *Ibíd;* cap. IV; p. 108.

Epílogo de tristezas y esperanzas, nuestra obra se ofrece a los humildes y confía obtener las atenciones de los gloriosos.

Atravesamos tiempos difíciles, que son, a su vez, epílogo de una guerra, de una patria, de una moral, de un siglo y de un mundo.

Y en las tragedias gigantes de la Historia, como en las creaciones imaginarias del teatro, el Epílogo es el reino de la Justicia.»

El segundo de los escritos nombrados, buscando descubrir la filiación de quienes lo redactan, incluye las siguientes afirmaciones: «Pertenecemos a la generación que fue pisoteada por los triunfadores engreídos; ganando el poder a la sombra de inocentes libertades, nos impusieron su ciega tiranía, que les hace odiosos. No pudimos luchar contra ellos, bien guarecidos ya en altas posiciones. Cuando mueran esos imbéciles caducos, tampoco lucharemos contra vosotros.» A este párrafo inicial, dirigido, como el título que lo encabeza señala, a la intelectualidad joven, añaden los firmantes del manifiesto: «Educados en la escuela del sufrimiento, aprendimos la resignación y la piedad. Nos falta egoísmo para oponernos a vuestra gloria. No somos la juventud, y todo lo esperamos de la juventud.» A la imprecación y a esta autohumillación, muy del gusto decadente que entonces ganaba adeptos, los fundadores de *Revista Nueva* tornan a dirigirse a la Juventud, así con mayúscula, para anticiparle: «No vamos a conducirte por caminos que ignores; no vamos a trocar tus ideales, ni a proponerte la regeneración del mundo con un programa de ferias»; buscarán sólo, añaden, luchar contra la hipocresía y la mentira, donde estos vicios imperen, pretenderán derrocar los falsos ideales, seguros como están de que «cuando la Piedad y la Justicia le acompañan, el hombre llega siempre al supremo bien por todos los caminos».

Nómina de colaboradores

De los escritores que más tarde iban a constituir el grupo «noventayochista» (42), el primero en colaborar en *Revista Nueva* fue Pío Baroja, quien para sus once primeros números escribió cinco relatos, reproducidos luego en *Vidas sombrías,* y algunos artículos, entre ellos los titulados «Nietzsche y su filosofía» y «Las vocales de colores»; hizo también Baroja en *Revista Nueva* trabajos de recensión, utilizando en este menester los seudónimos «J. Nessy» y «S. Paradoxa». Unamuno co-

(42) La consideración de la llamada «Generación del 98» como una promoción de escritores, que creo más acertado titular de la Regencia, integrada por grupos bien definidos en lo literario e ideológico, ha sido explayada por mí, con razones que aquí no puedo repetir, en el libro *Panorama de la Generación del 98* (1959), y en fecha más reciente en la obra *La Generación literaria del noventa y ocho* (1966).

laboró en *Revista Nueva* desde su número quinto, publicando reseñas de libros, las poesías «La flor tronchada» y «El Cristo de Cabrera», y varios ensayos, entre éstos la serie 'De la enseñanza superior en España» y el fundamental estudio «Nicodemo, el fariseo». Ramiro de Maeztu dio a conocer en la revista de Ruiz Contreras algunos de sus más agudos artículos sobre la situación política y social en la España que puso en trance de crisis el desastre colonial. El futuro *Azorín* hace su ingreso como colaborador de *Revista Nueva,* próxima ya la fecha de su desaparición, con dos artículos de crítica literaria.

El grupo «modernista» tiene también en *Revista Nueva* brillante representación. Jacinto Benavente publica allí varios artículos, la versión de Shakespeare, que tituló *Cuento de amor,* y la comedia *Operación quirúrgica.* Rubén Darío aporta a *Revista Nueva* algunas críticas literarias y varias composiciones poéticas. Valle-Inclán colabora con los cuatro primeros capítulos de *Adega.* Figuras menores del «modernismo», que también escribieron en *Revista Nueva,* fueron Camilo Bargiela, Henri Cornuty, Villaespesa y Martínez Sierra, Bernardo G. de Candamo, Salvador Rueda, Vicente Colorado, Leopoldo Díaz, José Fola Igúrbide y Amado Nervo, entre otros.

Luis Ruiz Contreras contribuye, era natural, con una caudalosa aportación, en parte firmada con diversos seudónimos, que incluye artículos, crónicas, reseñas literarias, el amplio estudio autobiográfico, que tituló *Mis jesuitas;* algún relato novelesco y tres obras dramáticas. Aunque tribuna de la más joven promoción literaria, *Revista Nueva* acogió la colaboración de escritores entonces ya consagrados; en sus páginas publicaron Mariano de Cavia, Francos Rodríguez, José María de Pereda, Galdós y Manuel del Palacio. De escritores extranjeros, no contando los hispanoamericanos, se leen en *Revista Nueva* artículos de León Bloy, Ferri y Fogazzaro, de Leopardi y Reclus, crónicas de Pierre de Bouchard, Henry D. Davray, I. K. Derk Akffal y Remy de Gourmont, cuentos de Anatole France y Francis Jammes; traducida por R. Oliveras, editó *Revista Nueva* la comedia *El pedante burlado,* de Rostand.

Silverio Lanza y José María Matheu, dos escritores que, a despecho de su edad, vivieron adscritos al grupo encabezado por los futuros «noventayochistas», fueron asiduos colaboradores de *Revista Nueva.* El primero de los nombrados, *Silverio Lanza,* publicó en la revista, con su verdadero nombre, el prólogo de su famosa «Antropocultura», y con el seudónimo que siempre usó, varios cuentos y la poesía titulada «Barcelona». Matheu, abnegado protector de *Revista Nueva,* dio a conocer en ella algunos relatos, la novela *De mandil y gorra* y dos poesías. Coetáneos de «noventayochistas» y «modernistas», más o menos adscri-

tos a los credos estéticos e ideológicos mantenidos por ambas fracciones de la más joven promoción de la Regencia, también colaboradores de *Revista Nueva,* fueron Manuel Bueno, Juan Arzadún, Pedro Jiménez Ilundain, Llanas Aguilaniedo y Felipe Trigo. Hacen crítica literaria en *Revista Nueva,* con varios de los escritores ya nombrados, Alonso y Orera, Gómez Carrillo, Corrales y Sánchez, Francisco A. de Icaza y Julio Poveda. José Lassalle tuvo a su cargo la crítica musical. Juan José Morato publicó varios ensayos de crítica social. La única mujer que escribe en *Revista Nueva* es la poetisa María de Belmonte.

LUIS S. GRANJEL
Gran Vía, 19, 2.º decha.
SALAMANCA